

## Presentación del dossier. La paz en la historia

### Introduction to the dossier. Peace in History

Porfirio SANZ CAMAÑES  
Universidad de Castilla-La Mancha  
[Porfirio.Sanz@uclm.es](mailto:Porfirio.Sanz@uclm.es)

En numerosas academias militares de todo el mundo reza una máxima latina, “*Si vis pacem, para bellum*”, atribuida a Julio César, aunque hay quienes afirman pudiera deberse al escritor romano Vegetio, experto en asuntos militares. De alguna manera se ha convertido en un lema habitual y recurrente a lo largo de la historia, sirviendo para conectar de forma casi indisoluble ambos conceptos: *paz* y *guerra*. Carl Von Clausewitz, un prestigioso militar prusiano, había señalado que la guerra era la continuación de la política por otros medios; Zhou Enlai, líder comunista chino, dejó también algunas frases conocidas como la de que toda diplomacia era una guerra continua por otros medios; y también se sirvió de expresiones semejantes el diplomático británico Winston Churchill. Todas ellas son un ejemplo de figuras que hicieron propuestas de paz en medio de un entorno o coyuntura bélica muy difíciles.

Quizá por todo ello cuando hace dos años nos reuníamos el Comité de Redacción de la revista para buscar un tema para el monográfico de 2018 –y aunque mi ámbito de especialización ha sido durante varias décadas el mundo de la *guerra*– no me extrañó que acabara dirigiendo un dossier sobre la *paz* en la Historia. Ciertamente, palabras como la paz, el armisticio, el tratado, el régimen de treguas, los embajadores, el cese de las hostilidades, etcétera van estrechamente ligadas al conflicto, a la violencia, a la guerra y por lo general esta le precede. De hecho, celebramos habitualmente y parece muy propicio hacerlo así, tanto los centenarios del final de una *guerra*, dígase la de los Treinta Años, como el de unas *paces*, por ejemplo, las de Westfalia, ambas en 1648.

*Guerra y paz*, como ya advirtiera el escritor ruso León Tolstói al referirse a la invasión napoleónica de Rusia, tienen un sentido cíclico y han tenido un devenir a lo largo de la historia. Por ello, los trabajos recogidos en este dossier confirman que la ausencia de conflictos no conduce necesariamente a una paz “completa” y por ello aparece toda una compleja y rica terminología que no huye de sus apropiados adjetivos.

Los siete trabajos que componen este dossier nos guían desde la prehistoria hasta nuestros días, y lo hacen con acierto, con preguntas y respuestas, con hipótesis de trabajo,

en cualquier caso, con una aproximación a los temas a través de unas oportunas síntesis que hablan por sí mismos. No quiero restar un ápice al valor de cada una de estas aportaciones, estemos o no de acuerdo con sus interpretaciones. Y menos aún negaré la mayor de arrastrar la *paz* –hace un año me hubiera costado admitirlo– a la propia época de la prehistoria. En su “Evolución humana y paz. Una aproximación desde la teoría y la práctica”, Juan Manuel Jiménez Arenas (Universidad de Granada), aborda un asunto que puede resultarnos a todos complejo y sin duda paradójico: investigar la paz en la prehistoria, cuando –como el propio autor indica– no tenemos constancia ni del concepto ni, probablemente, de la idea de la paz en aquel período histórico. Ahora bien, cabría preguntarse, si no podemos encontrar ejemplos históricos que permitan transformar la realidad *pacíficamente*. Pero podríamos preguntarnos: ¿No tenemos suficientes manifestaciones de distintas formas de violencia vinculadas al concepto de *supervivencia* ya desde época prehistórica? ¿Por qué resulta más comprensible –a tenor del mayor predominio historiográfico– entender las lógicas de exterminio en estas sociedades prehistóricas? Lo cierto es que la primacía de distintos flujos e interrelaciones no violentas permitieron desarrollar determinadas capacidades humanas que convivieron con la violencia. ¿Cabe hablar de *paz imperfecta*?

Una de las aportaciones se orienta al mundo antiguo, que ha sido muy dado al ascenso y decadencia de los imperios como el de las nacientes civilizaciones del creciente fértil, Egipto, el mundo de las polis griegas, el Imperio romano, etcétera... Precisamente al *antiguo reino de Ugarit* dedica Jordi Vidal (Universidad de Barcelona) su aportación al presente dossier. Un reino claramente preocupado por el comercio y las relaciones internacionales – como se desprende del período comprendido entre mediados del siglo XIV y XIII a. C.– y al mismo tiempo, un reino que quizás *buscó* esa *ansiada paz*, eludiendo, en consecuencia, los conflictos bélicos, por cierto, permanentes en una zona tan convulsa y turbulenta. De vueltas al continente europeo, un continente preferentemente azotado por conflictos tumultuosos y por guerras fratricidas, desde época antigua y hasta nuestros días, se incorporan dos trabajos, uno para época medieval y otro para tiempos modernos. En este sentido, el ámbito peninsular castellano-luso ha sido muy dado desde el medievo a las actividades bélicas de la frontera y también a las prácticas *pacíficas* que han llegado a través de acuerdos, armisticios, tratados o paces. César Olivera, investigador del CSIC, utiliza este espacio como su particular laboratorio de experimentación, ofreciéndonos una atractiva síntesis en su “Pax in bello: la difícil paz entre Castilla y Portugal (1369-1431)”, trabajo en el que analiza una etapa conflictiva y difícil entre las dinastías reinantes, los Trastámara castellanos y los Avís portugueses. Dos dinastías que fortalecieron sendos regímenes políticos cuya andadura empezó con la negación de su propia legitimidad, derivando en una larga serie de fricciones que fueron finalmente resueltas en Medina del Campo-Almeirim de 1431-1432, unas *paces* que no siempre sirvieron para cerrar las heridas de la derrota castellana de Aljubarrota. No cabe duda –manifiesta el autor– que Castilla y Portugal tenían un terreno común de entendimiento durante la Edad Media tardía, aunque la guerra cambiase estas condiciones y, una vez superada la crisis bélica, ambos reinos consiguieran recomponer su relación *pacífica*.

La expansión de la diplomacia en la Edad Moderna es una de las claves interpretativas sobre las que se construyó el mismo Estado moderno. Los embajadores venecianos, los nuncios papales, las figuras de los agentes, cónsules y plenipotenciarios iban a ensanchar el mundo conocido. Un mundo al que dedica su aportación Manuel Rivero Rodríguez (Instituto Universitario La Corte en Europa y Universidad Autónoma de Madrid) centrado en una de las vertientes más relevantes de la acción exterior. En su “Diplomacia, dinastía y confesión: la guerra de los Treinta Años y el nacimiento de la política exterior en la Europa Moderna” se dan cita los aparatos diplomáticos y también los militares, así como la justicia, las leyes y

la propia fiscalidad. En cualquier caso, hoy es difícil dudarlos, las transformaciones operadas en el nacimiento de la diplomacia moderna y los cambios, dramáticos en algunos casos, vividos en la Europa del siglo XVII, abrieron el camino a nuevas concepciones sobre el poder, la soberanía, la diplomacia y el marco de la acción exterior o relaciones internacionales. Es evidente que en esa vorágine turbulenta tuvo una especial incidencia lo que Manuel Rivero denomina “larga cadena de guerras” conocida como la guerra de los Treinta Años, que cambió la forma de ver el mundo hasta entonces bajo el prisma normativo dominado por la cristiandad y concluyó con la secularización de la política, ampliando la cosmovisión a todos los niveles que hasta entonces tenía el hombre moderno.

Suele ser habitual que varias de las aportaciones del dossier –en este caso las tres últimas– nos aproximen una realidad más cercana e incluso una de ellas, la última, se corresponda con un estudio de caso, al centrarse en el final del terrorismo en el País Vasco. La paz no se consigue sencillamente esperando la finalización de un conflicto. La paz se consigue con esfuerzo y lucha y se trata de ganar también en las calles. Cabría preguntarse: ¿La masa puede llevar a la paz o cabe hablar más bien de un *pacifismo de masas*? Las organizaciones de masas y especialmente después de la primera gran guerra sirvieron de cauce para reforzar sus reivindicaciones como pone de manifiesto el profesor Mario López-Martínez (Universidad de Granada) en su “Historia de la paz en acción: el pacifismo de los salones a las calles (1889-1939)”. Un trabajo en el que se remueven los cimientos de las conciencias y se repasa desde el arbitraje al desarme, pasando por la diplomacia abierta, o desde los movimientos anticonscripción y antimilitaristas hasta la misma objeción de conciencia, eligiendo algunos de ellos la vía de la “no violencia” o el *pacifismo* mientras otros se inclinaban por diferentes alternativas de intervención. Solapándose de alguna manera en fechas y acontecimientos llegamos a un siglo XX que a la luz de la evolución histórica se recorre a una velocidad vertiginosa por Ricardo Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid) en “El corto siglo XX, a la búsqueda de una paz imposible (1918-1989)”. Un siglo envuelto en las dos guerras mundiales y la caída de todo un sistema en el este de Europa que había nacido con la Guerra Fría. Una etapa en la que el wilsonismo, sobre el que se construye el sistema de Versalles, llevaría a una *paz imposible*, precisamente debido a las negativas consecuencias que tuvieron para las potencias derrotadas y especialmente para Alemania los citados tratados de paz. Una época llena de contradicciones como las que asumió su propio mentor: el abogado y político norteamericano Woodrow Wilson, premio Nobel de la Paz en 1919, por su importante participación tanto en la Conferencia de París como en la posterior fundación de la Sociedad de Naciones. Wilson, tuvo que luchar con las contradicciones internas en su país y las que se vivían en el escenario internacional. Como hijo y nieto de pastores presbiterianos, sus dotes en jurisprudencia y su alta consideración en los valores ético-morales le llevaron a la presidencia del país, siendo rector en Princeton, y no impidieron que un convencido *pacifista* fuera el valedor de la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial para, al finalizar la misma, seguir adelante con su sólido proyecto basado en “los Catorce Puntos por la paz” que pretendía la recuperación de una *paz estable y duradera*. Curiosamente, quien había sido reelegido bajo un *programa de paz* tuvo que intervenir en América Latina para salvaguardar los intereses norteamericanos en la ruta del Canal de Panamá para intervenir en Haití, Santo Domingo e, incluso, en el Méjico de Pancho Villa. Volviendo al tratado de Versalles, aquellos lodos condujeron a otros barro y prepararon el camino para la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias del conflicto bélico permitieron activar nuevas fórmulas y declaraciones de buena voluntad que a la postre quedarían difuminadas por la presencia de la Guerra Fría. Quizá no pudiera construirse una *paz auténtica*, hasta las transformaciones radicales que el sistema internacional sufrió en el período 1989-1991 y sobre los que la aportación del profesor

Ricardo Martín ofrece algunas claves. Con un estudio de caso, Antonio Rivera (Universidad del País Vasco) aborda en “Una paz donde no hubo guerra. El final del terrorismo en el País Vasco”, la serie de acontecimientos en los que se vio involucrada la banda terrorista ETA hasta anunciar “el cese definitivo de su actividad armada” el 20 de octubre de 2011. Sin existir una guerra declarada, lo que para algunos pudo ser llamada la “guerra del norte”, ni contó con bandos ni extendió la violencia en la medida o dimensiones de una *contienda*, a pesar de mantenerse en el debate terminológico palabras como *final* (del conflicto) o *paz*. Los sucesos todavía recientes han dado lugar a lecturas contrapuestas –y en parte también distorsionadas– de lo ocurrido y el debate queda lejos de estar cerrado, por lo que el texto nos proporciona distintas perspectivas sobre cuánto y cómo hay tanto de final como de paz y en la que desde los partidarios del olvido hasta los del cultivo de la memoria todavía tienen mucho que decir.

Quiero agradecer desde estas líneas la labor desinteresada y la relación exquisita mantenida con los autores que han participado en el dossier a pesar de las premuras que atraviesa todo trabajo colectivo en algún momento. Desde la paz *imperfecta, universal, inconclusa, inacabada, imposible, estable, duradera, auténtica...* hasta la “*convivencia normalizada y conciliada*” o “*el final de la lucha armada*”, ponemos a disposición del lector una batería de conceptos, situaciones y acontecimientos que acompañaron a este vocablo, “paz”, a lo largo de la historia. Una palabra que los griegos ya identificaron con la diosa Eirene, que ocupaba un lugar de privilegio en el Panteón, porque el concepto de la paz y de la concordia tenía para ellos un valor muy especial. Ahora sólo falta que el lector, a cuyo juicio ecuánime nos sometemos, extraiga sus propias conclusiones.

Ciudad Real, marzo de 2018.